



Elección de minoría y paradoja Juanito

Con excepción de las competencias más reñidas (cuyo desenlace ocurrirá en las instancias electorales del Poder Judicial de la Federación), casi todos los mil 508 candidatos a cargos de representación ganaron ayer por decisión de una *minoría* ciudadana: 43 por ciento, parecía anoche, del electorado.

El restante 57 por ciento de los mexicanos en aptitud de votar no ganó absolutamente nada. La participación, en todo caso, fue mayor que la de hace seis años en jornada semejante.

Además de quienes contendieron contra los ganadores, también perdieron:

a) Todos los aproximadamente 44 millones 354 mil 900 que se abstuvieron de acudir a las urnas.

b) Quienes acudieron a las casillas, pero se equivocaron en la forma como marcaron su boleta, y

c) Los que cometieron la insensatez de "votar en blanco".

Pero entonces, ¿fueron electos *democráticamente* los próximos alcaldes, gobernadores, jefes delegacionales y diputados locales y federales?

Desde luego que sí: quienes acudieron este domingo a las casillas (incluidos los que voluntaria o involuntariamente anulaban su voto) integran la *minoría* que sufragó, cuyos votos son los únicos que cuentan.

El viejo lugar común que suele aplicarse en elecciones minoritarias (las intermedias, como siempre), que habla del "triunfo del abstencionismo", es en absoluto falaz, ya que los verdaderos ganadores, gusten o no, son

quienes obtuvieron la mayoría de votos, así sean los de una *minoría*.

¿"Ganó" el "voto en blanco"? No. En el mejor de los casos, los anulistas pudieron expresarse, pero en menor proporción de lo que se han manifestado quienes echan a perder o anulan su voto por equivocarse al marcar la boleta: si el promedio histórico de votos anulados era de 3,5 por ciento de sufragios emitidos, ahora creció a 6, o sea que los anulistas no consiguieron siquiera duplicar el número de boletas que no sirven para nada.

Los resultados confirman que el PRI no estaba muerto sino andaba de parranda; que el PAN sufrió un descalabro mayor al que se preveía, y que lo mejor que ha construido la izquierda mexicana, el PRD, se fraccionó al grado de que sus dos grandes *tribus* (orteguista y lopezobradorista) quedaron en riesgo de pulverizarse, hacia 2012, entre la chiquillada.

Por trascendentes que sean estas elecciones, la de la jefatura delegacional en Iztapalapa fue de las que suscitó mayor interés, aunque fuese por el morbo de saber el destino de *Juanito*.

Anoche, la señora Clara Brugada dijo que, pese a los intentos de "la mafia", quien en realidad se llama Rafael Acosta ganó la mayoría de votos. Si eso se confirma, las paradojas del caso darán para estudios de tesis: ¿La "mafia" que "ordenó" al Tribunal Electoral imponer otra candidata fue tan balín que no pudo evitar su derrota?

En la misma lógica, sería de risa loca imaginar una "mafia" capaz de imponer a Felipe Calderón, pero inútil para derrotar al popular *Juanito*. ■ M

cmarin@milenio.com

